

Escritores argentinos en Galicia: la identidad gallega como referente patrimonial para la Argentina

MARÍA ROSA LOJO
*Universidad del Salvador /
Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires /
Real Academia Galega (España)
mrlojo@gmail.com*

Recibido: 30 de septiembre de 2024 – Aceptado: 16 de octubre de 2024.
DOI: <https://doi.org/10.46553/let6334> - CC-BY-NC-SA 4.0 Internacional.

Resumen: Los intelectuales argentinos buscaron al principio independizarse política y culturalmente de España y exaltaron otros paradigmas, como el francés o el inglés. Hacia fines del siglo XIX surgieron corrientes que reivindicaron el legado español. Sin embargo, esa apreciación no solía incluir a Galicia como cultura fundadora. Esto no es proporcional a la gran importancia de la inmigración gallega en la Argentina y se debe en parte a la carga de un estereotipo étnico despectivo. Sin embargo, algunos escritores que viajaron a Galicia rechazaron el estereotipo degradante y constataron su profunda conexión afectiva y cultural con esta tierra. Reconocieron, así, la identidad gallega como valioso patrimonio de la identidad argentina.

Palabras clave: Galicia; Escritores argentinos; Identidad gallega; Patrimonio; Argentina.

Argentinian Writers in Galicia: Galician Identity as a Heritage Reference for Argentina

Abstract: At first, the Argentinian intellectuals pursued political and cultural independence from Spain, while they praised other models, such as French or English. Towards the end of the Nineteenth Century, currents of thought willing to revalue the Spanish legacy appeared. However, this appreciation usually didn't include Galicia as a founding culture. This is not proportional to the substantial presence of Galician immigration in Argentina, and it is partly due to the weight of a disdainful ethnical stereotype. However, several Argentinian writers who travelled to Galicia rejected that demeaning stereotype and confirmed their deep affective and cultural ties to this land. They so acknowledged the Galician identity as a valuable heritage of Argentinian identity.

Keywords: Galicia; Argentinian Writers; Galician Identity; Heritage; Argentina.

Rupturas y conciliaciones con la “Madre Patria”

Los procesos de independencia política suelen producir rupturas y desgarramientos culturales. El vínculo complejo que la naciente república del Plata establece con España no es una excepción. Los miembros de la generación del 37 plantearon alejamientos más o menos violentos: desde el famoso exabrupto de Sarmiento “Opino porque se colonice la España” (1993: 166), cuando viajaba comisionado por el gobierno de Chile para estudiar sistemas educativos en Europa, hasta posiciones *Letras*, 2024, julio-diciembre, n° 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 77-92 – ISSN electrónico: 2683-7897

como la del joven Alberdi, que proclamó a los argentinos “hijos de la Francia” (1984:153), o del ya anciano Juan María Gutiérrez, que decidió rechazar el diploma de miembro correspondiente de la Real Academia Española para no sujetarse a la lengua del antiguo amo (2006: 420). Por su parte, si el “poeta faro” de esta generación, Esteban Echeverría, no amenazaba con abandonar la lengua de España, propuso (no sin razón) la independencia del paisaje autóctono: el “desierto”.

Pero no todo era rechazo ni distancia. Los románticos de la “Joven España”, como Larra y Espronceda, que también bregaban por cambios, influyeron en los argentinos y, desde luego, en el autor de *La Cautiva*. Siguieron haciéndolo en generaciones nuevas. Los hermanos Lucio y Eduarda Mansilla, tan políglotas y cosmopolitas, no por eso dejaron de citar en sus obras a los españoles. Espronceda está aludido por doquier en el *Diario de viaje a Oriente* (2012) de un Lucio Victorio adolescente y aprendiz de escritor, que continuaría siendo fiel a la lengua madre, aunque la salpicase de galicismos: “no hay nación que yo ame más que la España ni lengua que me guste más que la española” (1963: 485). En los abundantes epígrafes de la novela *Lucía Miranda* (1860), escrita por su hermana Eduarda, Garcilaso, Argensola, Herrera, Zorrilla, Rioja, Santillana, conviven con Lamartine, Shakespeare, Béranger, Victor Hugo y Lord Byron.

En el período de entresiglos las posturas combativas antihispánicas se suavizaron por un lado y se agudizaron por el otro. Para las corrientes de inspiración darwinista, las razas latinas (y los hispanos en particular), aunque se les concedía superioridad con respecto a los aborígenes, arrastraban una rémora genética y cultural retardataria frente a otras supuestamente más avanzadas, como las cepas anglosajonas. Sin embargo, la mayor parte de la inmigración aluvional que se recibe entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del XX, aunque muy variada, proviene de dos colectivos latinos claramente mayoritarios: el italiano y el español que, para esa óptica, no garantizaban el progreso civilizatorio. Esto no impedía que la lengua de Castilla, portadora, en definitiva, de identidad nacional, amagara diluirse en esa “Babel de banderas” (Sarmiento, 1928: 417-424) que se convertía en Babel lingüística dentro de los conventillos. A este panorama se agregaba el avance, en el mapa político del planeta, de un actor cada vez más poderoso: los Estados Unidos de Norteamérica. Estos configuraban el nuevo imperialismo, o la nueva “barbarie”, según el ensayo *Ariel* (1900) del uruguayo José Enrique Rodó y según también el poeta Rubén Darío (1977: 255) que, cruzando el siglo, se enfrentaba a Roosevelt: “Eres los Estados Unidos, / eres el futuro invasor / de la América ingenua que tiene sangre indígena, / que aún reza a Jesucristo y aún habla en español” (“A Roosevelt”).

Suenan las alarmas y los jóvenes intelectuales argentinos se predisponen a reivindicar el legado ibérico, en un escenario donde las sociedades de la colectividad española se lanzan también a combatir la minusvaloración de la que se sienten objeto. El clima de debate y de rescate se había instalado ya desde los festejos del Descubrimiento en 1892 (acompañado por la supresión de las estrofas del Himno Nacional Argentino más ofensivas para España). Para el primer centenario de la Revolución de Mayo, en 1910, a pesar de la “galolatría” (Biagini, 2009: 99) que seguía caracterizando a las élites, la actitud hacia la Madre Patria, que había enviado como aplaudida representante a la Infanta Isabel de Borbón, era sin duda más amable y conciliadora¹.

¹ Me he referido más extensamente a esta problemática en trabajos anteriores (Lojo 2011, 2016 y 2017).

Las despreciadas raíces hispánicas terminarían siendo reconocidas como un imprescindible elemento fundador de la Argentina por la generación del llamado “Primer Nacionalismo”, que produjo dos libros emblemáticos: *La restauración nacionalista* (1909) de Ricardo Rojas (1882-1957) y *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) de Manuel Gálvez (1882-1962). Ambos intelectuales emprendieron también su “viaje iniciático” a la Península (paralelo al viaje a París de los vástagos de las élites o de los que aspiraban a convertirse en artistas).

Problemas de la “criptoidentidad gallega”

Sin embargo, el viaje a España y la reivindicación de España como matriz cultural no significaron necesariamente que el viaje se extendiera a Galicia, ni tampoco el reconocimiento específico de Galicia como una cultura fundadora de la identidad argentina.

No deja de ser este un hecho paradójico. Por un lado, nuestro país ha sido el destino migratorio más importante para los gallegos². Y, recíprocamente, estos representan el colectivo español más numeroso, lo que le otorga un lugar preponderante, si se tiene en cuenta que la inmigración hispánica es la más nutrida después de la italiana. Más del 17% de todos los migrantes europeos arribados entre 1857 y 1930 pertenecían al colectivo gallego. Hacia 1914, Buenos Aires era la ciudad gallega más grande del mundo, con 150.000 habitantes de ese origen. Los cálculos de los especialistas estiman que nuestra República recibió entre la primera de las fechas mencionadas y 1960 no menos de 1.100.000 personas nacidas en Galicia, de las que unas 600.000 acabaron por radicarse definitivamente (Lojo, Guidotti y Farías, 2008: 21).

La extensión del etnónimo “gallego” a todos los españoles que llegaron a la Argentina tiene que ver con este dato demográfico. Pero también, de manera poco halagadora, con el estereotipo denigrante que migró igualmente al Río de la Plata y que se originó en la España del Siglo de Oro (Guitarte, 1996: 213-219). Durante las luchas independentistas, “gallego”, junto a “godo” y “maturrango”, circularon como insultos contra el opresor. Una vez consolidada la Argentina como nación, el apelativo “gallego” sobrevivió obstinadamente, quizá por la importancia cuantitativa del colectivo, y fue perdiendo el carácter de mero insulto. A ciertos rasgos adversos del estereotipo ya heredado de la Península (rusticidad, incultura, torpeza, suciedad), se agregaron otros positivos: honradez, laboriosidad, integridad moral, que fueron matizándolo, pero no borraron la baja calificación de los gallegos (en cuanto a prestigio) en el mapa de “jerarquías étnicas” descrito por Arturo Jauretche y otros autores (Lojo, Guidotti y Farías, 2008: 105-107).

En suma: la condición de “gallego” resultó más bien problemática para muchos de los miembros de la colectividad que aspiraban al ascenso social. Esto explica en parte que la lengua misma (percibida como dialecto, o como una versión defectuosa del español) se terminara perdiendo³,

² Para una descripción sucinta del fenómeno migratorio gallego en la Argentina, ver Villares Paz y Fernández Santiago (1996).

³ Si bien hubo préstamos lingüísticos del gallego al español rioplatense (Conde, 2011: 218-220), no fueron tan numerosos como la importancia demográfica del grupo podría hacerlo suponer. Recién en 1998 se fundó un colegio gallego bilingüe, el Santiago Apóstol, en el barrio porteño de Once, cuando otras colectividades minoritarias (como la británica, paradigma civilizatorio, o la francesa, modelo de alta cultura) tenían los suyos hacía mucho tiempo.

aunque no por ello se borrara la impregnación simbólica, cultural y afectiva, transmitida en los hogares a través de comidas, canciones, relatos, creencias y valores.

Los medios de comunicación, históricamente, se hicieron cargo de difundir la vida de los gallegos en la Argentina y también fuera de ella. Uno de estos, el emblemático *Caras y Caretas* estudiado por Ruy Farías entre los años 1898 y 1923 (Lojo, Guidotti y Farías, 2008), es muy ilustrativo en cuanto a las tensiones semánticas en juego. A lo largo de esos años, se afianzan en esta publicación los rasgos tanto positivos como negativos del estereotipo galaico, así como los antecedentes del “galaicono” definido por Antonio Pérez Prado (frente estrecha, pilosidad facial, cejas que se unen) y consolidado en la historieta por la figura de “Manolito”, y se muestran, en muchas ficciones, los oficios populares a los que los gallegos se dedicaban. Aparecen también noticias de todo tipo sobre la comunidad, en Galicia y en la Argentina, en el pasado y en el presente. Pero cuando se trata de destacar aquellas personalidades que han hecho y hacen aportes decisivos en el campo cultural y científico, no suele identificárselas como “gallegas”, sino ante todo como “españolas”. Esto va cambiando hacia fines del período, momento en que también se empieza a hablar del gallego como idioma y no como dialecto. La influencia del *galeguismo* pre-nacionalista, sugiere Farías (Lojo, Guidotti y Farías, 2008: 269), comienza ya a hacerse sentir.

Llegó el momento en que, a los inmigrantes de este origen y sus descendientes, se agregaron los exiliados de la Segunda República Española y todos los expulsados por la Guerra Civil y la miseria de la posguerra. Muchos de ellos conformaron una inmigración altamente calificada que fundó revistas y editoriales de vasta proyección, y aportó en todos los campos de la docencia, la ciencia y la cultura. Desde Buenos Aires, Alfonso Rodríguez Castelao y otros intelectuales sentaron las bases de la futura autonomía gallega en la Península, y también de la literatura galaica moderna, de manera tal que la historia de Galicia no puede pensarse hoy sin el concurso de la diáspora republicana, sobre todo en la llamada Atenas del Plata. Si bien la historia de la Argentina como nación tampoco puede concebirse sin la inmigración española (y la gallega en particular), las representaciones predominantes de Galicia como referente etno-cultural en la matriz de la identidad argentina no resultaron tan acordes a su concreta, real y variada influencia explícita e implícita. Por eso podría decirse que es más bien una “criptoidentidad”. Como la “carta robada” que da título al célebre cuento de Edgar Allan Poe (“The Purloined Letter”), está ahí, al alcance de la mano, exhibida pero a la vez escondida, de manera que lo evidente no termina de reconocerse.

Algunos escritores viajeros, sin embargo, se empeñaron en ir más allá, hacia las mismas fuentes territoriales de un etnos no suficientemente aquilatado ni comprendido. No son la mayoría, pero sus voces, y sobre todo sus miradas, importan. Tanto por su peso específico en el campo cultural argentino, como por la profundidad empática de la indagación que en sus crónicas dejan escritas. En la primera mitad del siglo XX destacamos dos: Ricardo Rojas y Roberto Arlt⁴.

⁴ Existe también un relato de un tal Gustavo del Río (1934), autor ignoto, aunque de identidad verificada, que no hace sino repetir y profundizar las simplificaciones más denigrantes del estereotipo negativo, al describir su estadía en una supuesta aldea gallega. El texto, detenidamente analizado por Andrea Cobas Carral (2016), no aporta novedad alguna al

Ricardo Rojas: los gallegos, “mis compatriotas”

Ricardo Rojas, primer historiador sistemático de la literatura argentina, catedrático universitario, poeta, ensayista y dramaturgo, fue una de las grandes figuras del llamado “primer nacionalismo” argentino⁵, abocado a recuperar las raíces hispano-criollas que la élite cultural anglófila y francófila prefería desconocer o dar por superadas. Su viaje a Europa en 1907-1908 le aportó los elementos para escribir *La restauración nacionalista* (1909), libro que despertaría polémicas. También para componer otras obras que giran en torno a Europa y, dentro de ella, en torno al legado español. Se trata de *El alma española* (1908) y *Cartas de Europa* (1908). Treinta años más tarde, en 1938, *Retablo español* vuelve sobre la experiencia de esa estadía juvenil en España con renovado y meditado interés.

La perspectiva del tiempo les da a los textos (o cuadros) del “retablo” una profundidad singular. La España de comienzos de siglo se lee a partir de su presente, enlutado por la guerra civil; los conflictos que estallaron luego se avizoran allí en ciernes, muchas reflexiones resuenan como profecías, otras, como deseos y esperanzas incumplidas. Los jóvenes de 1908 son hombres maduros veinte años después; alguno ha muerto trágicamente, como Ramiro de Maeztu. Pero para Rojas, siempre atento a las invariantes, el “alma española” no ha cambiado, y entenderla es, para los argentinos, fundamental, “porque su historia es parte de la nuestra” (1938: 9).

Desde el principio, Rojas aclara que su mirada no ha sido, ni podrá ser, la del extranjero. Él no se ha sentido extranjero en España, ni los españoles lo han considerado tal. El “antiespañolismo” argentino, sostiene, es una falsa posición que viene, en muchos casos, de la frivolidad, el esnobismo, la pedantería cosmopolita (1938:17). Es un pecado de superficie (1938: 341), nacido del desconocimiento, propio de las clases medias y altas progresistas que consideran a España como parte de África, extremo bárbaro de Europa (1938: 338 y ss.). En el caso de Sarmiento, cruel, más que injusto, con España —dice— no habría sido el desapego lo que lo llevó a la crítica lapidaria, sino, por el contrario, la furia del que ama aquello que critica y se indigna ante sus carencias y defectos precisamente porque lo siente propio. No en vano recuerda Rojas la frase que da título a un artículo, “Gallegos de allende y de aquende”, donde Sarmiento, con feroz ironía, dice que los españoles debieran estar agradecidos a los argentinos, españoles americanos, que les presentan un espejo empeorado de sus mismos vicios, y salvan así a España de ser la “última nación del mundo civilizado” (1928: 245). Por otra parte, sostiene, el “mal español” no puede adjudicarse al pueblo, sino a un Estado mal dirigido por dinastías extranjeras desde los mismos Habsburgo. Frente a las posturas historiográficas propensas a identificar a España sólo con la Inquisición y el oscurantismo, Rojas reivindica, en sus obras de historiador (como *La Argentinidad*, 1916), a los cabildos de Hispanoamérica como origen autóctono de la democracia argentina, anterior a las ideas de la Revolución Francesa. El sentido igualitario, la orgullosa libertad del individuo, son una herencia española antes que gálica. El

modelo del “chiste de gallegos”, ni su autor puede parangonarse con los reconocidos escritores e intelectuales que abordamos en este estudio.

⁵ Rojas representa, dentro de este primer nacionalismo, una corriente democrática y no clerical, en busca de la integración histórica de la Argentina mestiza y cosmopolita. Cabe diferenciarlo, tanto por su obra como su vida (fue militante radical, encarcelado por el dictador Uriburu en el penal de Ushuaia), de otras corrientes del nacionalismo, clericales y/o profascistas.

Letras, 2024, julio-diciembre, n° 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 77-92 – ISSN electrónico: 2683-7897

“genio ibérico” oprimido, sostiene, “se evade en América o en el arte” (1938: 48). No deja de señalar el autor, ya avanzado el libro, la influencia del liberalismo gaditano, con las legendarias Cortes Constitucionales de 1812, en los independentistas americanos. Recuerda que la palabra “liberal” justamente nació en Cádiz, y que la revolución española fue sofocada por la Santa Alianza. Mientras que España, durante la era napoleónica, es salvada por las Juntas Populares, el indigno Fernando VII, una vez repuesto, traiciona los deseos del pueblo. Por ello también en Argentina el ideario antiespañol aparece recién en la segunda generación independiente, por rechazo hacia la política absolutista del monarca (1938: 340).

No se le oculta a Rojas la dificultad de aislar o discriminar “lo español” en una nación hecha de varias naciones y de varias lenguas, invadida incontables veces, y cuyo mapa étnico es diverso en la diacronía y en la sincronía. No obstante, se empeña en descubrirlo (de acuerdo con su mitología y su poética personales) a la manera de quien realiza una “peregrinación esotérica” (1938: 103), una incursión en los “Misterios”. Y el “misterio español” es una pertinaz, irreductible originalidad, que la distingue tanto de Europa como del África: “Es una ínsula ibérica —dice— distinta de cuanto la rodea” (1938: 11).

Varios capítulos de *Retablo Español* se consagran a Galicia y a los intelectuales gallegos, que van configurando la imagen de una “Galicia ilustrada” muy distante de los estereotipos de la rusticidad y la ignorancia. Señala, ante todo, al padre Feijóo, “hombre excepcional por su curiosidad enciclopédica y su libertad de entendimiento”, como defensor de los criollos, contra las teorías “degenerativas” que los consideraban inferiores a sus antepasados españoles. Recuerda también Rojas que en la época independentista, “por odio de guerra, llamaron ‘godo’ al español y, después simplemente ‘gallego’, con intención despectiva” (1938: 296).

También son evocados en *Retablo Español* don Ramón del Valle Inclán y la Condesa de Pardo Bazán. Describe a Valle Inclán, ante todo, como personaje excéntrico, consagrado a cultivar su propia leyenda de iconoclasta. El juicio de Rojas sobre su obra destaca su poder renovador y atribuye sus méritos al carácter gallego:

No ha creado ninguna fábula grande, no ha forjado ningún personaje universal, no ha revelado ninguna idea trascendente en sus símbolos; pero ha sido un reformador de la prosa española. Su ilustración no era muy vasta ni su cultura muy sólida. Su estilo proviene de su sensibilidad galaica; su arte es un eco del paisaje y los cantos de su tierra (1938: 281).

Doña Emilia Pardo Bazán, que lo recibió en su casa madrileña, es presentada como “muy gallega” y de personalidad enérgica, “autora de más estudio que fantasía”, con claro talento para la novela. Es la primera, dice que crea en España, “con su predicación y con su obra, una conciencia feminista” (1938: 298). Destaca la importancia que la autora adjudicaba a su trabajo como investigadora y ensayista crítica, áreas escasamente frecuentadas por las mujeres: “Parecía sugerir que obras de imaginación habían producido otras mujeres de sensibilidad o de talento, como la Böhl de Faber y la Castro; pero ella, además de eso, había trabajado en géneros tenidos hasta entonces como campo cerrado del ingenio varonil. A esto agregábase el mérito de haberse formado por sí misma” (1938: 299). A pesar del gran reconocimiento alcanzado — observa Rojas— la estrechez mental de la época impidió su ambicionado ingreso a la Real Academia. Para compensarla de esto —dice— La Coruña le erigió una estatua en vida, “eso la

conmovió, más que todo porque amaba a su terruño” (1938: 301). Rojas se inclina a creer que no hay detrás de sus afanes por el sillón académico mera vanidad personal, sino “deseo de abrir una brecha feminista en la ciudadela de los doctos ancianos, casi todos conservadores”; en suma, la búsqueda de “una conquista de su credo”: el de la igualdad de derechos y la emancipación de la mujer (1938: 300-301).

Un capítulo se consagra a los que el autor llama “Caracteres del regionalismo gallego”. Enumera aquellos “hombres y mujeres notables en arte, ciencia, política, armas y negocios” que han dado prestigio a Galicia. Habla del renacimiento de la lengua literaria y, desde luego, de Rosalía de Castro, a la que califica como “voz ingenua” capaz de lirismo y también de iracunda protesta contra la injusticia. Si bien Rojas reconoce la monstruosidad del régimen feudal gallego y de los modernos sistemas centralistas, apunta la necesidad de distinguir al pueblo de Castilla (igualmente oprimido) del gobierno central.

Aunque Rojas corrobora la legitimidad de las reivindicaciones sustentadas por el galleguismo, no cree que Galicia tenga destino fuera de la unidad española ya que caería, en suma, bajo otra hegemonía: la de Portugal (1938: 347, 351-352). La solución, insiste, es construir un nuevo Estado español, regido sobre principios de justicia política y económica, y sobre el reconocimiento de las identidades históricas y culturales.

Galicia es definida por el paisaje, por el idioma, por su temple expresivo y emocional. Es “un estilo de vida y de expresión”, “una personalidad histórica”, un pueblo con alma esencialmente lírica y romántica. Le llaman la atención, ante todo, la belleza y la dulzura del paisaje, que “trasciende a la sensibilidad del gallego, fuerte en el trabajo y tierno en el amor. Comarca sensual y musical, sobre ella flotan el canto de la gaita y el dejo blando de su idioma” (1938: 343).

La primera tierra española que Rojas pisa es gallega, y también es la última, de tal modo que “Galicia aparece en el horizonte de estas memorias con la emoción alegre de la llegada y con la ‘saudade’ de la partida, en los dos extremos de mi itinerario español” (1938: 342). El profundo encanto “casi femenino” de esa tierra retiene a los inmigrantes, como los que ve embarcándose con él rumbo a Buenos Aires mientras se despiden “con lágrimas en los ojos”. Fiel a su mirada integradora, Rojas piensa en ellos como nuevos argentinos: “Dábanme ganas de decirles que ellos eran ya mis compatriotas. Venían a continuar la obra de los antepasados, y ellos son, también, en su anónima humildad, ministros de la historia; sus huesos serán mañana polvo de la Pampa, y en sus hijos retornará la vieja estirpe a nueva gloria” (1938: 345).

Roberto Arlt: “La Argentina es la segunda patria del gallego”

El viaje de Roberto Arlt tiene lugar en julio de 1935, cuando el escritor y periodista fue enviado a España por el diario *El Mundo*. Recorre en Galicia las ciudades de Vigo, Pontevedra, Santiago de Compostela, Betanzos y La Coruña, y desde luego el campo. El paisaje de tierra, mar y montaña lo captura con fuerte impacto emocional. Ámbito geográfico pero sobre todo zona estética de la imaginación y la afectividad, caracterizada —afirma— por la finura y la pureza de líneas, le resulta inseparable de la criatura humana que lo habita: “En Galicia, el hombre y la

naturaleza forman una soldadura racial” (1999: 47). Para definir y enmarcar esta “soldadura”, Arlt recurre al celtismo, como trasfondo mítico que trasmuta lo natural en un “teatro de magia”.

Y es que este panorama céltico, y por consiguiente su morador, están tan íntimamente ligados que aunque la razón se oponga, el hombre termina por ceder a la sugestión de la escenografía, y poblar las fuentes, los ríos, los montes, cuyos cortinados parecen cerrar la entrada a un mundo encantado, de espíritus, cuya existencia bruja está en contradicción con la sequedad romana del credo católico (1999: 54-55).

Pero este ambiente idílico, cautivante, inolvidable para los gallegos que emigran porque les es constitutivo, está continuamente expuesto a la tragedia (la de los pescadores que afrontando riesgos sobrehumanos salen al mar y pierden la vida, la de los que marchan dejando viudas de vivos, huérfanos y huérfanas). La belleza está cercada por la miseria, se convierte en el escenario del trabajo brutal, hiperbólico, que —particularmente en tierra adentro— asumen en su mayoría las mujeres de los labriegos emigrados. El sufrimiento humano tiñe de dramatismo el paisaje de ensueño.

Las antinomias, los contrastes, cruzan la crónica arltiana. Los gallegos, curiosos, enérgicos, amantes de la innovación y del progreso, viven metidos en el chaleco de fuerza de una economía arcaica, encadenados a ciudades donde Arlt sólo ve las huellas siniestras de la muerte, como Santiago o Pontevedra, aunque otros ámbitos, no menos antiguos —la festiva Betanzos—, compensen esa parálisis, esa infinita tristeza.

Los contrastes que quiebran los estereotipos dibujan también la personalidad paradójica de gallegos y gallegas. Sobre estas, en particular, se detiene la mirada de Arlt, a la que nada se le escapa: ni la hermosura ideal, estatuaría, de alguna campesina joven (1999: 64), ni la cara de las ancianas, tatuada por las arrugas bajo los pañuelos negros. Mujeres de exacerbada femineidad, de emotividad desbordante (1999: 71), apasionadas y dulces (1999: 73), las gallegas trabajan a la par de cualquier hombre, asombran por su fuerza física, y también por la independencia de su carácter; bajo la miel —señala— la “nervadura de acero” (1999: 48). Impecablemente limpias, hacen las tareas más duras sin sacrificar detalles de coquetería, de tal modo que la mayoría de las trabajadoras de la sardina gastan medias de seda (1999: 61). El varón gallego, que no teme a la aventura, es también, sin embargo, hondamente afectivo y hogareño (1999: 70). Esa delicada sensibilidad se ha escapado siempre al juicio de los argentinos, que, afirma Arlt, no conocen a los gallegos (1999: 71) y los motejan de brutos por envidia, solo porque no son capaces de trabajar como ellos (1999: 70).

La sensibilidad exquisita, la capacidad para el lirismo, destacados tanto por Rojas como por Arlt, se convertirán a su vez en tópico de un estereotipo gallego positivo que también aparece, aunque con bastante menor frecuencia que el negativo, en novelas argentinas. Así, en *Adán Buenosayres* apunta el filósofo bohemio Samuel Tesler, eternamente sin fondos: “la planchadora me trae una cuenta insignificante (\$1.75); realizo un milagro de dialéctica que logra vivificar sus marchitas esperanzas de cobro; es gallega, una raza lírica” (2013: 41).

En materia literaria, Arlt se inclina con admiración ante la gran voz trágica de Rosalía de Castro: “Es el grito más dramáticamente verdadero que ha engendrado el corazón de una mujer” (1999: 89), y se irrita, en cambio, ante el artificio de Valle Inclán:

La literatura española no nos permite formarnos una idea de cuán ruda es la vida de la campesina gallega. El literato que más leemos en América, don Ramón del Valle Inclán, famoso por sus pinturas de ambiente gallego, nos ha transmitido de Galicia un paisaje grotesco, con personas y atmósfera de leyenda y milagrerío, tan despojado de realidad y tan abundante de chocarrería tabernaria, que uno aquí, en estas ciudades gallegas, no puede menos que preguntarse a qué Galicia se refiere el señor Valle Inclán (1999: 85).

Las ciudades gallegas modernas, como Vigo y La Coruña, nada tienen que ver tampoco, advierte Arlt, con las evocaciones valleinclanescas. La urbanidad, la gravedad reflexiva que no excluye el humor ni el gusto por la música, el respeto a las ordenanzas, la “honradez feroz” que permite dejar las puertas abiertas de las pensiones durante la noche, caracterizan a Vigo, civilizada y laboriosa, donde la gente habla con suavidad discreta. La Coruña, por su parte, es moderna, despreocupada y elegante, “un Madrid pequeño, vivaracho, cosmopolita”, con muchachas jóvenes vestidas a la moda, que no tienen reparos en fumar en público, salen solas y confraternizan con los varones: “Las muchachas contestan a los piropos, se ríen, los provocan, resultan encantadoras y desenfadadas. Hay que hacer un esfuerzo para creerse en España” (1999: 131).

Otro eje contrastivo atraviesa el relato de Arlt: las diferencias dentro de España misma, la distancia cultural Norte/Sur. Por la forma de vida de las mujeres, que en el Sur, según le dice una muchacha gallega, “viven como en África” (1999: 138), mientras que en Galicia cultivan un trato amistoso y libre con el otro sexo que recuerda “los cuadros de las costumbres americanas ofrecidos en las películas” (1999: 73); por la escasa proclividad al “drama de honor” y el predominio de la sensatez; por la mezcla de clases sociales en los balnearios (1999: 72); por la ausencia de mendicidad infantil (los gallegos —dice Arlt— no toleran la miseria, por eso emigran [1999: 72]); por el discreto silencio de los lugares públicos, que incluso respetan los niños. Todo ello arranca al cronista una frase definitoria: “Anoto insistentemente estos detalles porque la suma de ellos compone el semblante psicológico de la raza. La única definición que se me ocurre es ésta: gente mayor de edad” (1999: 73). Lejos del atraso y el apego a lo arcaico, los gallegos, sin abandonar jamás el ancla sentimental en su patria, experimentan como ningún otro pueblo de España la atracción de lo moderno.

En las antípodas mentales de Andalucía, se sienten (otra paradoja) a un paso de Buenos Aires. Todos tienen allí algún familiar, conocen las calles porteñas, los números de las casas, los derroteros de los ómnibus, canturrean los tangos que toca la banda municipal:

Fenomenales algunas de estas ciudades gallegas. Fenomenales por su proximidad con la Argentina. Por momentos se duda. En una de cada tres casas se nombra a la Argentina con una proximidad que hace absurda la noción de un viaje real de quince días de océano. [...] La exactitud de las menciones es tan asombrosa que el entendimiento vacila. ¿No encontraremos al salir a la calle, en vez del Archivo del Reyno de Galicia, la Torre de los Ingleses? La Argentina es la segunda patria del gallego (1999: 128).

Julio Cortázar y Aurora Bernárdez: égloga y memoria proustiana

En 1956 el matrimonio formado por Julio Cortázar y Aurora Bernárdez llega a Santiago de Compostela. Es un viaje de conocimiento, y más bien de (re)conocimiento en el caso de Aurora. La excursión forma parte (lo sabremos por Cortázar) de un recorrido turístico por diversos lugares de España que les insume alrededor de un mes y medio (Cortázar, 2018). A diferencia de Rojas y de Arlt, ninguno de los miembros de la pareja piensa en ese momento en un destino de libro para sus impresiones. En el caso de Cortázar se trata de una carta personal dirigida a un amigo: el poeta cordobés (argentino), Eduardo Jonquières, fechada en París el 27 de mayo de 1956 (Cortázar, 2018: 126-136).

La carta (recogida de manera póstuma en el tomo 2 de cinco volúmenes de correspondencia) responde a otra de Jonquières que el autor de *Bestiario* acaba de recibir, a su regreso de España. El balance general del relato de viaje (“ese famoso y por fin realizado viaje”, 129) que Cortázar incluye resulta un tanto desalentador (“mis impresiones son menos favorables de lo que yo mismo esperaba”, 129). La fauna humana no le desagrada. Reconoce que los españoles “en su salsa” pueden ser “encantadores”, “lentos de una discreción y de un recato que no me sospechaba”, hidalgos (demasiado), fieles a su esencia en la mayor adversidad, dignos hasta las últimas consecuencias (2018: 128). Pero, justamente, esa “falta de flexibilidad mental y moral” es también lo que lo aleja de ellos; se siente, incluso, físicamente molesto por “la grosería y la falta de gracia” de sus mujeres embadurnadas de maquillaje (2018: 129). Su “desacuerdo psicológico con lo español” ha sido temprano y lo ha llevado, desde chico, a apartarse de la literatura española para optar por la francesa y la inglesa. ¿Motivos?: la afectación, el lenguaje que encuentra “hinchado”, aun en escritores que admira en su mayor parte, como Unamuno y Machado. Valle Inclán (piedra de toque también para Rojas y Arlt) lo divierte con sus esperpentos, pero le parece “una maravilla irritante, un hechicero, en el doble sentido diurno y nocturno que puede tener la palabra” (2018: 130).

Reconoce, con todo, que para “entrar en España” no alcanza con un mes y medio, ni con ver, apenas, “sus piedras, sus paisajes, algo de su arte”. En Barcelona lo entusiasman Gaudí y las tallas románicas; Sevilla y Granada (sobre todo esta última) le provocan rechazo. Encuentra a Madrid poco agradable (salvo el arte del Prado, Goya, y el Museo Galdiano); la tauromaquia, no obstante, logra fascinarlos (tanto a él como a Aurora), mientras que el mentado Escorial es una “enorme fiambarrera (no me refiero a los panteones) sin la menor gracia”, pero “Toledo, Ávila y Segovia nos parecieron fabulosas” (131). El acueducto segoviano, dice, se mete de manera surrealista en el centro de la ciudad; las iglesias románicas españolas los impactan “empezando por la catedral vieja de Salamanca”, ciudad que les deja buenos recuerdos.

El último destino (al menos, el último del que habla) es Galicia, que abre un breve capítulo aparte, un resplandor íntimo en la enumeración distanciada. No es solo la “deliciosa ciudad” de Santiago de Compostela, los “pulpos gloriosos” que saborean, el Pórtico de la Gloria, la belleza arquitectónica. Galicia marca la diferencia, con “ese tono tan distinto”. Por desconocida, por poco publicitada, sorprende, y permite comprender su antiguo legado cultural.

Creo que para mí el gran descubrimiento (por inesperado) fue el paisaje. Cuando volvíamos de Santiago a León, el tren anduvo toda la tarde junto al río Miño. Pegado a las ventanillas, no

podía creer que eso fuera verdad. Comprendí de golpe la poesía galaico-portuguesa, esa presencia del verde, de los ríos, de la égloga. Orense, Redondela, las rías, los viñedos infinitos con las cepas apuntaladas por sostenes de granito, como pequeños dólmenes que brillan entre el verde. [...] Pienso que la falta de propaganda me ha embellecido el paisaje; uno está un poco hartado de oír hablar con grandes aspavientos de las vegas andaluzas, que son muy hermosas, sin duda, pero menos, mucho menos, que el paisaje gallego. Y el Miño es un río como he visto pocos” (Cortázar, 2018: 132).

Fantasea, incluso, con la compra de un pequeño Citroën, para llevar a Aurora a Galicia e instalarse en Redondela durante la primavera, pasear, pescar y “herborizar como Rousseau”. Evocado como un paraíso posible para el amor, en el Miño parece revelarse la esencia de “toda la gente de España, metida para adentro (aunque griten, aunque te ensordezcan en los cafés y en los trenes) y llena de verdad y de tristeza” (Cortázar, 2018: 132).

El relato que Aurora escribe sobre el mismo viaje fue recopilado, también póstumamente, en la miscelánea *El libro de Aurora*, en el sector de “Viajes”, bajo el título “Santiago, 1956” (2017). No hay mayores referencias al resto de España. Todo se centra en esta ciudad, que contrasta tan favorablemente con “el horror provinciano, gris” de Astorga (León), que acaban de dejar. Hay una breve y laudatoria referencia al Miño: “Por suerte, antes de llegar a Santiago, estuvo el regalo del Miño verde, eglógico, y de la Redondela desde lo alto con sus pinos y su mar azul metiéndose sinuoso en la tierra” (2017: 202). Pero la descripción de la ciudad y, sobre todo, de la catedral, es lo que ocupa el resto del relato: “Y donde hay una catedral de siete siglos, no hay modo de perder el camino, todas las calles conducen a ella. Es el centro de la rosa, el corazón del alcaucil, el eje de la rueda” (2017: 203).

Sin embargo, hay otro centro (invisible, íntimo) que para Aurora se devela en Santiago, y es el de la más profunda memoria: “Empezaba la Santiago de las tarjetas postales, con sus grandes losas grises húmedas, sus portales oscuros, y el gallego sonando dulcemente en mi oído, y yo que me sentía tan conmovida, tan cerca de mis raíces, de mi padre, de mi casa” (2017: 203).

Para Aurora Bernárdez, hija de Francisco Bernárdez y de Dolores Novoa, gallegos ambos, los aromas y sabores y sonidos que la esperan en Santiago son el disparador que la remite a un pasado no ya solo personal sino ancestral. El redescubrimiento de esa identidad pasa ante todo por la música fundante de la lengua materna, enraizada a sus primeros recuerdos de Galicia, aunque no sabe si esos recuerdos son realmente suyos (le dice en una entrevista a Philippe Fénelon), o si fueron contruidos desde los relatos de su madre:

Tengo recuerdos muy anteriores pero demasiado vagos como para contarlos, demasiado dudosos; ya no sé bien si soy yo la que recuerdo o si me lo han contado. Son recuerdos de Galicia, del tiempo en que mi familia vivió allí y donde yo aprendí a hablar en gallego antes que en español. De esos recuerdos tengo una o dos imágenes muy fuertes, pero ya no sé, no estoy segura de que no sean de mi madre, que me las ha transmitido (2017: 268).

Santiago no solo la remite a Galicia sino a su niñez en una Argentina que es gallega, por obra de la impregnación cultural. Expresa en su crónica:

Y además tenía hambre, hambre de pulpo, de sardinas asadas, sabores de mi infancia de banquetes familiares en largos patios argentinos sombreados de parras; y además sabores

míticos: los centollos, las enormes merluzas gallegas de que hablaba mi padre con esa nostalgia pura y sentimental que nos une a los primeros sabores [...]. Nostalgia más que de un sabor, de un sentimiento de paz, de armonía, de seguridad que perdimos muy poco después [...]. Pero ¿cómo hablar de estas mezclas de sabores y sentimientos cuando ya lo hizo Proust y nada más se puede añadir? (2017: 206-207).

Comer en Santiago se transfigura en acto estético proustiano, y es también, visceralmente, la conmovedora experiencia de una comunión con los muertos:

Encontramos todo: las sardinas, los centollos, la merluza. Y yo los comí pensando en mi padre, comulgando con él a través de estas marinas y profanas especies, con sus pobres huesos inmóviles ya tan lejos de allí en una profunda bóveda de la Chacarita donde nada puede descender (2017: 207).

Ernesto Sábato y Elvira González Fraga: (re)conocimientos y (re)descubrimientos

España está en el título del último libro publicado por Sábato: *España en los diarios de mi vejez* (2004). La obra recoge impresiones, recuerdos, reflexiones, alternadas con fragmentos de conferencias impartidas en los dos viajes españoles que el escritor emprende en 2002. La sensación de “última vez” (“He venido a España probablemente por última vez” [2004: 15]), de despedida, es la atmósfera emocional de una escritura en la que el presente de un hombre que pronto cumplirá 91 años gatilla siempre una evocación, trae el pasado a lo inmediato y conecta lejanías de todo orden: la Argentina con España, la vejez con la infancia.

Sábato, que viaja con Elvira González Fraga, la compañera del final de su vida, llega a Galicia en el primero de los dos viajes, motivados ambos por la recepción de una serie de honores (la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes, el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Carlos III, el Premio del Pen Club de Galicia, la inauguración de la Cátedra de las Américas, entre otros). Galicia es el último destino español de este primer itinerario, que antes los lleva por Madrid, Oviedo, Valladolid, Albacete, Sevilla y Alicante, y que está colmado de reconocimientos, en más de un sentido. No solo en el de “premios y homenajes” sino en cuanto rememoraciones de espacios visitados antes, y también de la huella dejada por España en Argentina a través de la inmigración: “Buenos Aires es la ciudad gallega más grande del mundo...” (2004: 36). La visita a Asturias empuja los primeros recuerdos de su niñez rural y provinciana:

Muchos, con los años, seguirían hablando con nostalgia de su infancia en estos valles. Y no solo los asturianos. También los vascos y gallegos que llegaron a la Argentina. En aquellas romerías de mi infancia, en mi pueblo pampeano, los he visto tantas veces cantando y bailando su misma añoranza. Aún hoy me parece estar escuchando sus canciones y sus gaitas. Los veo sentados en los patios de tierra apisonada que antes solían tener nuestras casas, silenciosos y pensativos, mirando hacia aquella región del mundo donde quedaban para siempre sus montañas. Cuánta tristeza, cuánta desolación en quienes se vieron empujados, unas veces por el hambre, otras por las persecuciones políticas, las injusticias y las guerras (2004: 55).

Como en el caso de la pareja Cortázar-Bernárdez, es Elvira la que tiene raíces familiares en Galicia: una abuela de Betanzos y un abuelo de La Coruña. Ya ha estado antes, con su hija y con sus padres. Para Sábato, en cambio, se trata de un descubrimiento, de la primera vez. Sin embargo, es el reconocimiento lo que prima sobre la sorpresa. De entrada se establecen cercanías que revelan al viajero su propio ser y le traen recuerdos de la patria distante: “Siempre

llueve en Santiago, ellos andan con paraguas como yo con melancolía; las veredas tienen recovas como en el viejo Buenos Aires para protegerse de la lluvia” (2004: 90).

El contacto afectivo es inmediato y, en un símil insólito, proviene de las mismas calles y paredes de la ciudad (“sus edificios apretados parecen quererlo a uno”). Desde ella fluye la autenticidad de un sentimiento que persiste, pese a ser también un objetivo turístico:

Santiago es de las ciudades más hermosas que he visitado en la vida, sus calles angostas empedradas, sus edificios apretados parecen quererlo a uno. Si bien hay turismo, es persistente el sentimiento gallego que nos llega, hecho de calidez, de coraje ante la vida, de poesía (2004: 90).

La plaza del Obradoiro, la Catedral, el Hostal de los Reyes Católicos, la Universidad donde premian y condecoran al escritor, aparecen mencionados y a veces (el Hostal) sobriamente descritos. Es casi de rigor la evocación del Camino de Santiago y de sus peregrinos, con la copla correspondiente (“¿A dónde irá meu romeiro / meu romeiro adond’irá? / Camiño de Compostela / Non sei s’ali chegará”). También se mencionan otros recorridos, por Pontevedra (de donde es la familia de Marcial González, padre de Elvira), por La Toja (A Toxa) y toda la zona que luego fue “atrozmente destrozada por el petróleo” (2004: 92)⁶.

Por sobre lo que se ve en el momento, y lo que se ha leído, se impone, no obstante, lo que llega de otra fuente: las experiencias personales, del autor y de Elvira, vividas del otro lado del Océano. La inmigración está presente en el recuerdo de Fernanda Cortiñas, de Orense, modista que hacía la ropa para Elvira y sus hermanos: “una gallega arquetipo de esas mujeres abnegadas, sufridas pero alegres, que fecundaron nuestro país con su trabajo y su nobleza” (2004: 91-92).

También pensando en los inmigrantes, Sábato “deslumbrado por la belleza de Galicia y por la de su gente”, aborda en su conferencia para la Universidad el tema de “La fecundidad en la cultura gallega”:

Me centré en los miles de hombres y mujeres que creyeron que valía la pena sacrificarse, dar lo mejor de sí, aun perdiendo los años y la vida. Terminé evocando aquellas romerías de mi pueblo, cuando los gallegos cantaban y bailaban a su tierra lejana, a todo aquello que se había ido para no volver.

Recité tragando lágrimas aquellos versos de Rosalía.

“Adiós, ríos; adiós, fontes;
adiós, regatos pequeños;
adiós, vista dos meusollos,
non sei cuándo nos veremos”.

Y aquel poema:

“Miña terra, miña terra,
terra donde me eu criei,
terriña que quero tanto,
figueiriñas que eu plantei”⁷.

⁶ De manera coherente con una de sus preocupaciones constantes (la ecologista) Sábato se refiere al catastrófico derrame del buque petrolero *Prestige* que ocurriría unos meses más tarde (13 de noviembre de 2002).

⁷ En realidad, se trata de las dos primeras estrofas de la misma composición: el poema 15 de *Cantares gallegos* (1863),

Al finalizar, el rector Villanueva me entregó la insignia de oro de la universidad. Un concierto de gaitas como no había escuchado en mi vida cerró la noche.

La lluvia caía triste la mañana en que nos fuimos (2004: 92-93).

Conclusiones. Desmentida del estereotipo negativo. La conexión afectiva

La interpretación provista por la imagología (Jean-Marc Moura, 1998) analiza cómo se confrontan en el relato de viajes la autopercepción de la cultura de origen del viajero (el “autoimagotipo”) con la imaginación que se tiene acerca del Otro (el “heteroimagotipo”). En los textos que hemos recorrido pudimos ver cómo el heteroimagotipo generado en Argentina sobre Galicia, su gente y su cultura, termina fusionándose con la autoimagen anclada en la intimidad y en la memoria de quienes llegan. Ninguna de las lecturas que enumeramos confirma el estereotipo negativo que los gallegos arrastraron como una rémora. Más bien este se desmiente de múltiples maneras: en la Galicia ilustrada de Ricardo Rojas; la Galicia civilizada (“gente mayor de edad”), moderna, ansiosa de progreso de Roberto Arlt; la Galicia lírica revelada en contacto con un paisaje inseparable de lo humano, del *ethnos* gallego y su honda sensibilidad (motivo reiterado en todos los viajeros). Galicia sorprende con una belleza casi abrumadora en su intensa dulzura. Una belleza intocada por la propaganda turística (o intraducible a ella), que está más allá de los monumentos.

La conexión afectiva se establece desde el deslumbramiento estético; también desde las raíces memoriales, porque los viajeros *no solo reencuentran a la Argentina dentro de Galicia* (en las huellas que los emigrados retornados y el recuerdo de los que se fueron dejan allí por doquier), sino a *Galicia en su propio pasado de infancia*. No hace falta para ello provenir de una familia de este origen. Es que la cercanía con los gallegos inmigrantes forma parte entrañable de la memoria argentina, como bien se evidencia en el relato de Sábato. Al cerrar el círculo *in situ*, dentro de Galicia misma, se revela el entramado de las dos patrias, el tesoro de sensibilidad, belleza, poesía, magia, que latía escondido a la vista de todos, y que los argentinos pueden (y deben) reclamar como propio.

Referencias bibliográficas

- ALBERDI, Juan Bautista, 1984, *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* [1ª. ed. 1837], Introducción y notas de Ricardo Grinberg, Buenos Aires, Biblos.
- ARLT, Roberto, 1999, *Aguafuertes gallegas y asturianas*, compilación y prólogo Sylvia Saïtta, Buenos Aires, Losada.
- BERNÁRDEZ, Aurora, 2017, *El libro de Aurora. Textos, conversaciones y notas de Aurora Bernárdez*, Philippe Fénelon y Julia Saltzmann (eds.), Buenos Aires, Penguin Random House Grupo Editorial S.A., edición en formato digital.

si bien “Adiós ríos, adiós fontes...” proviene del cancionero popular gallego y es integrada al poema, como ocurre en otras composiciones de este libro emblemático, hito inaugural de la resurrección de la poesía en lengua gallega (de Castro: 1998, 117-119). El poema 15 de los *Cantares gallegos* es también el primer texto poético en este idioma publicado por Rosalía, y aparece previamente en 1861, en el diario madrileño *El Museo Universal* (Lago Graña: 2009, 115-116). La cita de Sábato tiene algunas diferencias respecto al poema publicado en la edición de Xerais, donde no figura “terriña”, sino “ortiña”, y no se escribe “plantei”, sino “prantei”.

Letras, 2024, julio-diciembre, nº 90, Viajes entre España y el Río de la Plata..., pp. 77-92 – ISSN electrónico: 2683-7897

- BIAGINI, Hugo, 2009, *Identidad argentina y compromiso latinoamericano*, Lanús, Colección Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Lanús.
- CASTRO, Rosalía de, 1998, *Poesía completa en galego*, Benito Varela Jácome (ed.), Vigo, Xerais.
- COBAS CARRAL, Andrea, 2016, “Viajeros argentinos en los años 30: Gustavo del Río y Roberto Arlt cuentan Galicia”, en *Olivar*, 17 (25), María Rosa Lojo (ed.), “Galicia en la Argentina: una identidad transatlántica”, e004. Disponible en: <http://www.olivar.fahce.unlp.edu.ar/article/view/OLIE004>.
- CONDE, Oscar, 2011, *Lunfardo. Un estudio sobre el habla popular de los argentinos*, Buenos Aires, Taurus.
- CORTÁZAR, Julio, 2018, *Cartas 1955-1964*, Aurora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga (eds.), Buenos Aires, Penguin Random House Grupo Editorial S.A., edición en formato digital, tomo 2.
- DARÍO, Rubén, 1977, *Poesía*, prólogo de Ángel Rama, edición de Ernesto Mejía Sánchez, cronología de Julio Valle-Castillo, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- DEL RÍO, Gustavo, 1934, *Un argentino en Galicia. Crónicas de la aldea*, Buenos Aires, Tor.
- GÁLVEZ, Manuel, 2001 [1ª ed. 1910], *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, estudio preliminar de María Teresa Gramuglio, Buenos Aires, Taurus.
- GUITARTE, GUILLERMO L., 1996, “El argentinismo gallego ‘español’. Historia americana de un insulto español”, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Tomo LXI, 241-242, pp. 211-248.
- GUTIÉRREZ, Juan María, 2006, “Cartas de un porteño. Carta al señor secretario de la Academia Española”, en *De la poesía y elocuencia de las tribus de América y otros textos*, selección, prólogo y cronología de Juan G. Gómez García, bibliografía de Horacio Jorge Becco, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pp. 416-422.
- LAGO GRAÑA, Josefa, 2009, “‘Adiós ríos, adiós fontes’. Rosalía de Castro y los gallegos de Cuba”, *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 24, 2, pp. 115-125.
- LOJO, María Rosa, Marina GUIDOTTI y Ruy FARIAS, 2008, *Los “gallegos” en el imaginario argentino. Literatura, sainete, prensa*, María Rosa Lojo (dir.), Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- LOJO, María Rosa, 2011, “Los intelectuales argentinos y España: de la Generación del 37 a Ricardo Rojas”, *Anales de Literatura Hispanoamericana, Literatura de la emancipación y la formación de las nacionalidades: la idea de España*, vol. 40, pp. 91-108.
- , 2016, “La Argentina y su criptoidentidad gallega”, *Olivar*, 17 (25), María Rosa Lojo (ed.), “Galicia en la Argentina: una identidad transatlántica”, e002. Disponible en: <http://www.olivar.fahce.unlp.edu.ar/article/view/OLIE002>.
- , 2017, “Independizarse de España: avatares intelectuales de una relación bicentenario”, *Revista de historia americana y argentina*, 52 (1), tercera época, pp. 199-232.
- MANSILLA, Eduarda, 2007, *Lucía Miranda (1860)*, edición prologada y anotada por María Rosa Lojo y equipo, Madrid / Frankfurt, Iberoamericana / Vervuert.
- MANSILLA, Lucio Victorio, 1963 [1ª ed. 1889], “Académicos de número, honorarios, correspondientes y electos”, en *Entre-Nos. Causeries del Jueves*. IV, Buenos Aires, Hachette, pp. 479-486.
- , 2012, *Diario de viaje a Oriente (1850-51) y otras crónicas del viaje oriental*, edición, introducción y notas de María Rosa Lojo (dirección) y equipo, Buenos Aires, Corregidor, Colección EALA (Siglos XIX y XX).
- MARECHAL, Leopoldo, 2013, *Adán Buenosayres*, Javier de Navascués (ed.), Buenos Aires, Corregidor, Colección EALA.

- MOURA, Jean-Marc, 1998, *L'Europe littéraire et ailleurs*, París, Presses Universitaires de France.
- RODÓ, José Enrique, 1900, *Ariel*, Montevideo, Imprenta de Dornaleche y Reyes.
- ROJAS, Ricardo, 1907, *El alma española. Ensayo sobre la moderna literatura castellana*, Valencia, Sempere.
- , 1908, *Cartas de Europa*, Buenos Aires, M. Rodríguez Giles Editor.
- , 1971 [1ª ed. 1909], *La restauración nacionalista*, prólogo de Fermín Chávez, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor.
- , 1916, *La argentinidad. Ensayo histórico sobre nuestra conciencia nacional en la gesta de la emancipación: 1810-1816*, Buenos Aires, La Facultad.
- , 1938, *Retablo español*, Buenos Aires, Losada.
- SARMIENTO, Domingo Faustino, 1928, *Condición del extranjero en América*, noticia preliminar por Ricardo Rojas, Buenos Aires, La Facultad.
- , 1993 [1ª ed. en dos tomos, 1849 y 1851], *Viajes por Europa, África y América 1845-1847 y Diario de Gastos*, Javier Fernández (ed.), Buenos Aires, Colección Archivos.
- VILLARES PAZ, Ramón y Marcelino FERNÁNDEZ SANTIAGO, 1996, *Historia da emigración galega a América*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.